

PRÓLOGO AL LIBRO "POESÍA ANDALUZA DEL SIGLO XX (DESDE EL MODERNISMO AL GRUPO CÁNTICO)" DE F. MORALES LOMAS

LEOPOLDO DE LUIS

¿Qué no le debe la poesía española a Andalucía? En cada vuelta del camino hay un hito andaluz. Cuando Rubén Darío viene a España por primera vez, en 1892, concede rango de maestro a Núñez de Arce, pero su amistad va hacia Salvador Rueda, para cuyo libro *En tropel* escribe su admirable poema en serventesios de versos anapésticos: "*Libre la frente y que el casco rebúsa*". Luego llegaron diferencias y envidias, pero Andalucía jugaba con el malagueño, como con Manuel Reina, sus cartas en el Modernismo español.

Y nadie hablará mejor en torno a esa revolución poética que el "andaluz universal", quién es a mi juicio el andaluz más genial de este siglo: Juan Ramón Jiménez. Con él, Manuel y Antonio Machado, Francisco Villaespesa y, hasta cierto punto, Pedro Luis de Gálvez, se instalan en cualquier nómina de la nueva tendencia. Tras la muerte de Darío en 1916, todos van a cantarle, como los poetas del "*dolce stil novo*" cantaron la muerte de Dante.

Con razón ha dicho el profesor Gallego Morell -otra lección de amor a la poesía y a su enseñanza- que la poesía andaluza es el esqueleto de la poesía española. Buena atribución si del Modernismo tratamos, pero no menos válida si a las vanguardias nos dirigimos. Lasso de la Vega, Vando Villar, Adriano del Valle, Pedro Garfias (salmantino de juventud cordobesa), capitaneados por Rafael Cansinos Assens. El manifiesto del Ultraísmo (enero de 1919) lleva dos firmas andaluzas. Una proyectada proclama del Surrealismo español fue concebida por Emilio Prados, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre y José M^a Hinojosa. No menos surrealistas fueron, en parte de su obra, Rafael Alberti y García Lorca.

En realidad, en la Generación del 27 la presencia andaluza fue medular. Empezando por el paseo en procesión de D. Luis de Góngora, siguiendo por la esencialidad lírica juanramoniana y por el neopopularismo. Laffón, Pérez Clotet, Romero Murube, Souvirón, con algún incorporado como Villalón o Moreno Villa y sin olvidar la actividad de edición de revistas con Altolaguirre y Bernabé Fernández Canivell.

Conviene aquí un paréntesis para atestiguar los signos de identidad andaluza de esta generación que late como corazón unánime en el pecho de la poesía española. Cualquiera de sus poetas no es ya que concierte con su paisaje del Sur, sino que propiamente respira ese paisaje. Por sólo ejemplo tomo un libro: *Sombra del Paraíso*, milagro poético de postguerra, por el

que, en tan duros años, la poesía volvía a ser hermosa sin ser sólo hermosura, volvió a ser exultación sin olvidar el dolor, volvió a ser luz sin olvidar la sombra.

Cuando el 36 vuelve los ojos a Garcilaso, Luis Rosales será uno de los definidores de aquella "*primavera del endecasílabo*".

Pero la poesía es alfaguara: manantial que no cesa; ni la guerra la agota. Se hizo poesía en armas cuando fue menester, y entre quienes en tan controvertida exigencia la salvaron siempre, nadie podrá negar los hermosos romances de Prados o "*A Niebla, mi perro*", por no citar sino un solo poema de Alberti. Muchos poetas andaluces fueron al exilio, y allí alcanzaron voz juvenil Francisco Giner de los Ríos, y voz nueva Juan Rejano.

Se dijo que un cambio de rumbo buscó las coordenadas líricas en el norte del mapa por aquellos años duros de los cuarenta. Pero alerta seguían Rosales, Muños Rojas, Rodríguez Spíteri, Ruiz Peña o el propio José Luis Cano. Andaluzas son, si a su creador nos limitamos, las ejemplares empresas de "*Adonais*" (colección jamás igualada) y de la revista "*Ínsula*" (única independiente durante décadas). Ambas obras inolvidables de Cano, desaparecido tristemente esta primavera en la que escribo.

Para cualquier historiador, mire como mire, resultan básicas en la poesía de postguerra las revistas "*Garcilaso*", "*Espadaña*" y "*Cántico*". Desde Madrid, desde León, desde Córdoba. Esta última contó con tres artífices, fundamentales también en la poesía andaluza y española: Ricardo Molina, Juan Bernier y Pablo García Baena. A su lado, Julio Aumente y Mario López. Otro nombre y otra revista: Manuel Álvarez Ortega y su "*Agalae*".

Es cierta la impresión generalizada de que, en la postguerra, las publicaciones de poesía se intensificaron por encima del paralelo 40. No sería justo, sin embargo, olvidar que ahí estaban Rafael Montesinos, Luis López Anglada, Alfonso Canales, José Gerardo Manrique de Lara o Francisco Garfias. Más o menos por la misma época, José Carlos Gallardo, Ángel Caffarena y la poetisa Concha Lagos.

¿Cómo no señalara que andaluz es el creador del único movimiento de resurrección de las vanguardias que fue el "*Postismo*": Carlos Edmundo de Ory es lo importante, por el propio valor de su poesía, de aquel lúdico episodio?

De todo este amplio y vario tejido poético quedan huellas y testimonios en el volumen preparado por Morales Lomas. Es toda la historia de la poesía española lo que se puede contemplar sobre tan rico bastidor andaluz. ¿Por qué? Porque el carácter andaluz se encuentra en un talante, en una visión del mundo, no en una temática ni en una retórica. El poeta andaluz cuenta o canta, describe o intuye, sube o baja y recorre todo el vasto territorio de la poesía, pero lo hace en andaluz. Puede ser un poeta melancólico o alegre, vitalista o taciturno, exultante o elegíaco..., pero en todo caso lo será desde sus

raíces, desde su fondo oculto y profundo, desde -digámoslo abiertamente- su soledad.

José Luis Cano, en su *Antología de poetas andaluces contemporáneos*, de 1952, define la doble línea de la poesía andaluza. La que arranca de los poetas arábigoandaluces y, pasando por los del XVII, llega a Bécquer y continúa en Machado y en Juan Ramón, acendiéndose en Cernuda. La otra línea, más exterior o colorista, sensual y centelleante, que también hereda de la árabe, en la que pueden estar Góngora y Lorca. No, pues, una sola veta andaluza, y ninguna debe excluirse.

No las excluye Morales Lomas, que ha incorporado poetas no ya de distintas tendencias, sino también de distinta calidad. El propósito -parece claro- ha sido exponer un panorama completo, cuya amplitud da cuenta del peso de los autores andaluces dentro de la historia de la poesía española durante la primera mitad del siglo.

¿Estará aquí aprehendida el alma andaluza? ¿Un alma colectiva que está en el fondo de todo ser nacido en esta tierra? No es fácil decirlo, pero sí es seguro que la diversidad de sentimientos y emociones expresados en palabra poética constituyen un paisaje creado por un amplio grupo de seres humanos cuyos ojos vieron la luz en un ámbito común, que respiraron un mismo aire, que pisaron sobre una misma hermosa tierra extendida al sur de la Península, al borde de dos mares por cuyas olas cruzaron las viejas culturas y se abrieron históricos episodios. Todo amasado en la sangre como hecho biológico y como hecho cultural. Son hijos de una de esas culturas que Guillermo Díaz Plaja llamaba fronterizas, capaces de absorber esencias y modos desde su frontera flexible y comunicada, frente a la rigidez de las culturas enterizas.

La lengua, como acertadamente decía Américo Castro, es expresión de situaciones de vida, no sólo estructuras verbales. La poesía canta y cuenta y en esa doble función nos expresa, desde cada voz, a todos. La diversidad de cada uno de estos poetas acaso se disuelva y unifique en una nostalgia de fondo que acompañe siempre y que, de estar lejos, a todos les lleve a decir con pena lo que un día dijera Luis Cernuda: "Quizá mis lentos ojos no verán más el Sur".